COMPARTO EL CANSANCIO DE TODAS LA BALLENAS

que atraviesan Bering.

Mi alma es jacobina y sangra champú al huevo

cuando visualiza esos documentales

en los que muere alguna cebra, o un antílope

acaba siendo cazado por una manada de leones,

y no tengo más remedio que rascar mi acné

con los vestigios de lo que fueron mis garras primitivas

porque no me quedan transferencias

que financien la ternura

y en este mundo cuesta tanto un ideal

que sólo puedo rendirme -con honor- a sus cláusulas

y desfogarme en los trenes que van a las estepas,

o en los safaris fotográficos

para poder respirar creyendo que lo he dado todo por la causa,

que he sido un héroe con apoplejía,

y de mi derrota sólo me consuelo

cuando digo que

“comparto el cansancio de todas la ballenas

que atraviesan Bering”.

Pero en realidad no consigo ni planchar un jersey

con caricias menudas

sin perjudicar la capa de ozono,

sin contaminar el planeta;

no logro ni una pose de la que poder presumir en las portadas

de un periódico que vende seiscientos ejemplares on line;

y en realidad se ríen de mí las hienas y el psiquiatra al unísono

-se ríen-

cuando salgo a mi balcón y grito mi impotencia

porque no he podido salvar

ni a aquella hormiga

que se manifestaba por la acera de mi soledad

y murió bajo un zapato.